

El caso Madoff: hasta ahora el mayor, pero no el último fraude

Alegrarse por el mal ajeno no es una emoción muy saludable, por eso intento evitarla siempre que puedo. Pero la tentación de ceder a ella mientras leía el montón de artículos que cubrían el escándalo de Bernie Madoff, presidente de Nasdaq, el pasado fin de semana, fue demasiado fuerte. Por una parte, todos los datos abrumadores que iba leyendo me llevaron a dar gracias, porque con mi salario de profesor universitario jamás podría haber aflojado un millón de dólares, la inversión mínima que se requería para ser considerado un posible cliente de su firma. De hecho, no podría conseguir ni siquiera una quinta parte de esa cantidad para entregarla a la sucursal local del Banco Santander. El banco español, a través de su gestora de servicios de inversión Optimal, con sede en Ginebra, ha revelado unas pérdidas de 3,1 mil millones de dólares en depósitos con la firma de Madoff. Demasiadas bendiciones por las que dar gracias.

Por otra parte, debo confesar que me regodeo con algunas anécdotas de los amiguetes del club de campo de Madoff en Palm Beach, que ahora se toman la molestia de preguntar los precios de los platos del menú o de la lista de servicios del campo de golf. Los pobres diablos incluso se tienen que conformar con Lexus, cuando hace apenas dos meses conducían despreocupadamente sus Bentleys. Sin embargo, me siento sinceramente apesadumbrado por las empresas sin ánimo de lucro y de beneficencia que tendrán que reducir sus obras de caridad, e incluso cerrar sus negocios, porque les han “limpiado” los recursos.

Aquellos que piensan que este fraude recientemente descubierta es solo otro argumento para exigir una mayor regulación del sector financiero están muy lejos de acertar. El montaje de Madoff no era un hedgefund, aunque hizo negocios con muchos de ellos. No sé si existe una definición técnica de una “empresa de valores”, pero lo que describe con más aproximación las operaciones del Bernard L. Madoff Investments Securities es el término “trama Ponzi” o “estafa piramidal”: con el dinero de los nuevos inversores se paga a los clientes altos intereses de retorno, sin que se explote ninguna oportunidad real de negocio, sostenible y rentable. Tales operaciones ya eran ilegales en más de 20 países, incluyendo los Estados Unidos. Con aproximadamente 50 mil millones de dólares tirados a la alcantarilla, la estafa perpetrada por Madoff puede ser la de mayor entidad hasta ahora, pero no será la última. ¿Por qué?

Por la avaricia y la credulidad, dos características que siempre han acompañado a la frágil condición humana. *Ceteris paribus*, se supone que el “hombre económico racional” siempre elige la inversión que promete unos beneficios más altos, y la avaricia le impide ver las inconsistencias y los riesgos de cómo se producen tales dividendos. La mentalidad de rebaño, hacer acriticamente las mismas cosas que todo el mundo, el convencimiento de que algunos negocios son “demasiado grandes para fallar” y un optimismo innato respecto al futuro ayudan a eliminar los escrúpulos que quedan para que la gente se embarque en esas dudosas aventuras.

¿Cómo podemos evitar ser presa de estas y otras prácticas similares? Una regla general en las inversiones es que uno puede participar en los beneficios solo si participa en los riesgos; hay que cuidarse de los “retornos garantizados” porque no existen; es más, no pueden existir. El fondo de Madoff ofrecía beneficios en torno al 10 o 12% anuales, que eran superiores a los del

mercado aunque estaban cerca; pero los suyos eran increíblemente estables, desafiaban a la volatilidad. Sus productos tenían la credibilidad de los “bonos del tesoro judíos”, resaltó un amigo. El propósito de la inversión es, por supuesto, utilizar los excedentes de uno como capital para el trabajo productivo de otro, produciendo aquellos bienes y servicios que los consumidores necesitan. Sólo en una trama de Ponzi o en una estafa piramidal el dinero da lugar automáticamente a más dinero, como si fuera una puerta giratoria.

Está claro que mantener inactivos los recursos es una equivocación. Por eso invertir es una obligación moral, que se extiende a descubrir cómo poner en uso el dinero y si se va a usar bien. Si no se entiende razonablemente el plan de negocio es mejor no invertir, sin importar lo que otros (supuestos magos financieros) digan o hagan. Ciertamente, se puede perder una oportunidad única en la vida, pero también se pueden salvar los ahorros de una estafa. La estrategia de Madoff dista de ser un fraude misterioso. Al contrario, era demasiado simple para ser verdad; sin embargo, la gente se empeñaba en creerlo.

No se deberían atribuir con demasiada rapidez las responsabilidades a los reguladores, a los auditores o a los intermediarios financieros (fondos de riesgo, bancos de inversión, firmas de agentes de bolsa y demás), porque todos ellos pueden ser tan avariciosos y crédulos como uno mismo, si no más. La SEC (órgano regulador de la Bolsa estadounidense) había investigado repetidamente a Madoff en 1992, 1999, 2005 y 2007, pero fue incapaz de detectar anomalías serias; sólo halló unas cuantas violaciones técnicas.

Lo más desconcertante de este caso es la falta de conexión entre las presuntas fechorías de Madoff y el personaje que había sido capaz de proyectarlas, no sólo ante compañeros de trabajo y amigos de los últimos 20 o 30 años, sino también ante su familia y parientes. La suya es la típica historia del éxito americano: un joven de Queens que empezó como socorrista e instalador de mecanismos de riego y llegó a ser uno de los gestores de grandes fortunas más solicitados. Madoff era un hombre muy familiar e hizo partícipes de su negocio a muchos de sus parientes, incluyendo a su hermano Peter; a sus dos hijos, Mark y Andrew; a un sobrino y a una sobrina. (Hasta la fecha ninguno de los parientes de Madoff –ni siquiera la sobrina, que había contraído matrimonio con un antiguo inspector de la SEC encargado del caso de su tío– ha sido acusado de cargo alguno). Junto con su esposa, Ruth, había creado la Fundación de la Familia Madoff, que financiaba escuelas y hospitales en Israel así como centros de arte en Nueva York. Respetado y admirado en los círculos filantrópicos judíos, era un honor que Madoff formara parte del consejo de administración de instituciones como la Universidad Yeshiva.

Aunque sólo jugaba al golf en los clubs más exclusivos de Hamptons, Westchester County y Boca Ratón, y a pesar de que poseía varias casas y un yate en las Bahamas, su estilo de vida no era extravagante en comparación con el de sus semejantes. Al contrario: Madoff era más bien tranquilo y vivía con una elegancia sobria; algunas personas de su entorno más próximo incluso le describen como un hombre distante, casi místico. Quizás esa reputación se basara en el hecho de que, en varias ocasiones, había ejercido el más raro de los privilegios –rechazar inversores–. Madoff podía haber estado engañando a sus clientes, pero irónicamente, lo practicaba con moderación, lo cual le hacía aún más creíble y duradero.

Está claro que no existe una explicación sencilla para todo lo que ha sucedido. Sin embargo, incluso en este punto puede extraerse una lección final: el ser humano tiene una capacidad de decepción casi ilimitada. Puede llegar un momento en que uno aprenda a engañar tan bien a los demás que termine por creerse sus propias mentiras. El fraude se convierte entonces en autodecepción.

Referencias: <http://dealbook.blogs.nytimes.com/category/the-madoff-scandal/>